

# San Martín: el Aníbal de América

MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S.J.\*

---

Leyendo una biografía del general José de San Martín, se me enredó en la memoria, no sé por qué, una extraña coincidencia, un cercano parangón con otro gran hombre de armas de la historia romana, de finales del siglo II a.C.. Y si bien este último, después de numerosos triunfos y casi alcanzar la victoria final fue derrotado, los puntos de contacto de los dos son extremadamente impresionantes por su recio carácter, su pasión por la libertad y la táctica militar de similitud asombrosa.

El año 221 a.C., aprovechando la desaparición de Asdrúbal, muerto poco antes por un patriota ibérico, el senado romano violó el tratado concluido con dicho general, y tomó bajo su protección la ciudad greco-ibérica de Sagunto, al sur del Ebro. Aníbal, el hijo de Amílcar Barca, a los veinticinco años de edad había sido nombrado comandante en jefe del ejército cartaginés en España. Su padre, quien había rehusado aceptar la derrota de la I Guerra Púnica, lo había educado al estilo guerrero y le había hecho jurar, cuando niño, que guardaría odio eterno a Roma. Desde la edad de nueve años, siguió a su padre en las campañas de la Península.

Con una excelente formación de pedagogos griegos, se convirtió pronto en un brillante capitán, que deseaba destruir el poder enemigo, el de la única metrópoli potente. La personalidad de Aníbal, cómo era ese hombre, la hallamos descrita por dos historiadores: romano el uno, Tito Livio (XXI, 4), y griego el otro, Polibio (I, III).

---

\* Manuel Briceño Jáuregui, s.j., humanista, catedrático, autor de varios libros sobre las culturas griega y latina, poeta y compilador de la poesía popular. Era el Presidente de la Academia de la Lengua cuando falleció en 1992 en España. Este es uno de sus últimos ensayos.

José de San Martín, con quien ensayaremos hacer el paralelo, era hijo también de un militar. Aprendió las primeras letras en una escuela de Buenos Aires. Viajó a España, y en Madrid se matriculó en el Seminario de Nobles e ingresó en la carrera militar cuando apenas contaba once años. Sirvió cuatro lustros en el ejército y se distinguió en la famosa campaña de Africa y tomó parte en otras más, entre ellas en la reñida batalla de Bailén. Así fue ascendiendo en el escalafón —subteniente, capitán de infantería, teniente coronel de caballería— por su bizarro comportamiento en los combates.

Retornando a Buenos Aires se ofreció a colaborar en favor de la causa revolucionaria. El Gobierno le encomendó la organización del ejército independiente, lo cual realizó con habilidad. Comenzó por crear el escuadrón que denominó *Granaderos a caballo*, y atacó en las márgenes del Paraná las tropas enemigas, a las cuales batió con impetu arrollador, iniciando así los espectaculares triunfos de su carrera.

Aníbal —para retornar al cartaginés—, deseoso de crear un pretexto para provocar la guerra, marchó en la Península Ibérica sobre Sagunto, que tomó a sangre y fuego al cabo de ocho meses de asedio, vendiendo a los sobrevivientes como esclavos y enviando a Cartago una parte considerable del botín. Los romanos en protesta enviaron de inmediato a Cartago una embajada que exigiera que Aníbal les fuera entregado. Los cartagineses se negaron y Roma declaró la guerra.

El senado romano preparó una expedición al Africa para acabar de un golpe con la ciudad rebelde, pero Aníbal desarticuló los planes del enemigo y se lanzó contra Italia para cruzar los Alpes con un soberbio ejército de 80.000 soldados de infantería —libios e iberos—, 12.000 jinetes y una gran cantidad de elefantes. Las zonas insumisas del norte de España le presentaron resistencia pero se abrió paso, espada en mano. Igualmente por la fuerza superó toda la clase de obstáculos que halló a lo largo del litoral de la Galia meridional. Al llegar al Ródano su ejército había quedado reducido a la mitad y aún le faltaba escalar los Alpes. Era la primavera del año 218 a.C. En el otoño, cuando los pasos son ya poco accesibles, emprendió el difícil ascenso. Multitud de soldados y de bestias de carga perecieron cayendo de los picos cubiertos de hielo al fondo de los precipicios. Quince días mortales, al

cabo de los cuales descendieron los invasores a los llanos de la Galla Cisalpina. Ya no eran sino 20.000 infantes, 6.000 caballeros y tres elefantes.

Solo que los celtas, recientemente sometidos a Roma, se pusieron a las órdenes de Aníbal, quien arrolló de inmediato las vanguardias romanas en el Tesino, franqueó el río Po, derrotó a orillas del Trebia a los ejércitos que Roma había enviado para cerrarle el paso, al mando de los cónsules Tiberio Sempronio Graco y Publio Cornelio Escipión.

Tornemos a San Martín. Después de mil vicisitudes, que no hay tiempo de referir, detengámonos un momento en el paso de los Andes. Antes de lanzarse a las llanuras del Chile, se dedicó a organizar la guerra de zapa, a fin de fomentar en pequeñas aldeas y ciudades la idea revolucionaria contra el régimen monárquico y atizar guerrillas, para que las tropas de España tuvieran que diseminarse por los vastos territorios chilenos.

Una vez resuelta la expedición armada, emprendió el ejército la marcha desde el campamento de Plumerillo rumbo a la cordillera. Tres columnas, al mando de Soler la primera, del chileno O'Higgins la segunda y de San Martín la de reserva, eran la fuerza que subiría por las estribaciones andinas. Dos de estos cuerpos de tropas fueron escalonados por el paso de los Patos, el otro por el desfiladero de Uspallata. Serán dieciocho días de dolorosas fatigas atravesando la cordillera más alta del mundo después del Himalaya. Se perdió la mitad del bagaje y casi todos los caballos. El 4 de febrero (1818) se unieron otra vez las dos vanguardias de ambas divisiones en las faldas occidentales de los Andes. Sorprendieron una semana después a los españoles acampados en Chacabuco donde obtuvieron una victoria decisiva. El ejército libertador sufrió luego una derrota. ¡Avatares de la guerra! Mas no se quedaron así, pues el desquite se vería en Maipú, "una de las (batallas) más reñidas que han tenido lugar en América y en la que los hispanos perdieron su ejército".

Imposible seguir todas las fases de la campaña libertadora, si queremos parangonarlas con las de Aníbal, quien prosiguió sus avances de triunfo. Rodeó las posiciones ocupadas por el cónsul Flaminio quien al mando de un gran ejército defendía el camino de Roma. La región era montañosa. Las tropas cartaginesas emplearon cuatro días en atravesar los infranqueables pantanos de Toscana, lo cual

costó pérdidas enormes en hombres y bestias de carga y donde pereció el último elefante y Aníbal perdió un ojo. Pero consiguió llegar por la retaguardia de las tropas de Flaminio, quien al levantar con precipitación su campamento cayó en la emboscada que le habían tendido los cartagineses en el estrecho corredor entre el lago Trasimeno y las montañas. Percieron todos sus hombres, y el camino a Roma quedó a merced de Aníbal, quien se abstuvo de asediar la ciudad, pues quería previamente aniquilar la confederación romana.

Siguió adelante por la costa del Adriático, penetró en la Campania, arruinando a su paso las colonias y establecimientos de la república. El dictador Quinto Fabio evitaba los combates decisivos, seguía únicamente los movimientos del enemigo maniobrando en forma paralela, sin preocuparse de las pequeñas granjas de los colonos. Táctica que le valió el apodo de "indeciso" (Cunctator). Mas el senado, presionado por el pueblo, dió orden a los cónsules de entablar una batalla decisiva. Solo que estos no se ponían de acuerdo, y el combate se dio en posiciones desfavorables para los romanos cerca de la colina de Cannas, donde Aníbal aprovechó la superioridad de su caballería, cercó y aniquiló al enemigo que perdió 80.000 soldados. Pero Roma se salvó gracias a la abnegación y energía de los campesinos. Un reclutamiento forzoso, incluso de 8.000 esclavos, fueron movilizadas a partir de los 17 años de edad.

Todavía, sin embargo, gastará Roma diez años íntegros para resistir a Aníbal quien esperaba refuerzos de su hermano Asdrúbal.

En América San Martín no se contentaría con la libertad de Chile. Le quedaba aún el Perú, pese a las enfermedades, debilitamiento y bajas de toda clase en las operaciones tácticas que faltaban. Con todo, apoyado por la escuadra chilena que bloqueaba El Callao, desembarcó en Paracas, y tras la entrega de aquella plaza, la deposición del virrey Pezuela y la retirada del sucesor de este, entró en Lima, proclamó la independencia del Perú y envió tropas para auxiliar a Bolívar. Era el año de 1822. No lograron ponerse de acuerdo los dos grandes caudillos, y para no perturbar el futuro de las nuevas naciones dimitió San Martín su cargo de Protector que le había dado Lima. Pasó a Mendoza y luego a Europa de donde regresó para encontrar que su patria estaba en plena guerra civil. Desengañado volvió a Francia donde terminó sus días.

Lástima que el límite del tiempo nos impida seguir en este atrevido e insólito ensayo de estos dos grandes generales de la historia, con la diferencia de que el cartaginés no pudo al fin lograr el triunfo definitivo a que aspiraba y el argentino coronó de gloria a su Patria. Las cualidades políticas y militares de Aníbal son difíciles de juzgar, mas la amplitud de sus proyectos eran gigantescos por el odio aprendido desde niño. San Martín, según testimonio de los historiadores, "ha sido reconocido como uno de los hombres más equilibrados y completos que produjo la revolución argentina". El odio fracasa aun cuando triunfe: y la pasión por la libertad engendra pueblos.

Conociendo ahora, así haya sido de modo artificial, a uno y otro personaje, esperamos que no haya sido desconsoladora la promesa inicial como título de estas páginas, de llamar a San Martín "el Aníbal de América".